

Historia Y MEMORIA

ISSN: 2027-5137

No. 3 Año 2011

Con los ojos de ellas: percepciones de la historia en Colombia 1920-1950, a partir de las narraciones de tres mujeres norteamericanas

Jane Meyer Rausch

Páginas: 111 - 128



CON LOS OJOS DE ELLAS: PERCEPCIONES DE LA HISTORIA EN COLOMBIA 1920-1950, A PARTIR DE LAS NARRACIONES DE TRES MUJERES NORTEAMERICANAS

Jane Meyer Rausch¹

Universidad de Massachusetts

Recepción: 07/09/011

Evaluación: 30/09/011

Aceptación: 15/10/011

Artículo de Reflexión.

RESUMEN

El trabajo analiza libros escritos por tres mujeres nacidas en los Estados Unidos, quienes vivieron en Colombia en alguna época entre los años de 1920 y 1950 para determinar el valor potencial de esos textos como fuente de información para los historiadores de la primera mitad del siglo XX. Las tres autoras y sus obras son: Blair Niles: *Colombia. Land of Miracles* (Nueva York: D. Appleton-Century, 1939); Virginia Paxton: *Penthouse in Bogotá* (Nueva York: Reynal & Hitchcock, 1943); y Nancy Bell Bates: *East of the Andes and West of Nowhere: A Naturalist's Wife in Colombia* (Nueva York: Charles Scriber's Sons, 1947). Después de evaluar los libros, el trabajo concluye que si no siempre comprendían lo que observaban, cada autora registra información valiosa que se habría perdido de otra forma.

¹ Profesora emérita del departamento de historia de la Universidad de Massachusetts. Especialista en Historia de Colombia y en estudios comparativos de las regiones fronterizas. jrausch@history.umass.edu

Palabras Clave: Mujeres, Crónicas de viajeros, transporte, Bogotá, extranjeras en Colombia.

EYE OF THEM: PERCEPTIONS OF HISTORY COLOMBIA 1920-1950, FROM THE STORIES THREE WOMEN AMERICAN

ABSTRACT

The purpose of this essay is to review books written by three North American women who traveled to Colombia between 1920 and 1950 in order to assess their potential value as a source of information for historians of the first half of the twentieth century. The three authors and their books are: Blair Niles, *Colombia: Land of Miracles* (New York: D. Appleton-Century, 1939), Virginia Paxton, *Penthouse in Bogotá* (New York: Reynal & Hitchcock, 1943), and Nancy Bell Bates, *East of the Andes and West of Nowhere: A Naturalist's Wife in Colombia* (New York: Charles Scribner's Sons, 1947). After examining the books, the essay concludes that although the authors did not always understand what they observed, they each recorded valuable data that might otherwise have been lost.

Keywords: Women, travel accounts, transportation, Bogotá, foreigners in Colombia.

INTRODUCCIÓN

En el convencimiento de que esas narraciones brindan percepciones únicas sobre la cultura y la historia de Colombia imposibles de encontrar en fuentes de otro tipo, José Luis Díaz Granados en su obra: *Viajeros extranjeros por Colombia*, recopila pasajes de las obras de viajeros extranjeros que recorrieron Colombia durante el período comprendido entre 1810 y 1996. De los noventa libros sobre crónicas de viajes que relaciona en la bibliografía de su texto, Díaz Granados escogió pasajes de treinta y cinco libros, basándose para ello en criterios en el sentido que esas obras:

[...] fueron fundamentales de cada época, desde la Independencia hasta nuestros días, entresacando lo más pintoresco y lo más profundo a un mismo tiempo, lo más interesante y lo más divertido, lo más fiel a su tiempo y lo más colombiano de Colombia visto desde los ojos de un extranjero.²

Estas narraciones aportan un material de lectura apasionante. No obstante, lo que se destaca con particularidad en la recopilación que hace el autor es la ausencia de perspectivas femeninas. Díaz Granados registra únicamente las observaciones de una sola mujer: Angélica Gorodischer, novelista argentina, quien visitó Bogotá en los años cuarenta. No obstante, fueron muchas las mujeres que llegaron a Colombia, en particular en el siglo XX, y que publicaron libros en los que narraron sus experiencias.

El objetivo de este ensayo es hacer un análisis de los libros que escribieron tres mujeres nacidas en los Estados Unidos, quienes vivieron en Colombia en alguna época entre los años de 1920 y 1950 y, partiendo de los criterios que utilizó Díaz Granados enunciados antes, evaluar el valor potencial de esos textos como fuente de información para los historiadores de la primera mitad del siglo XX. Las tres autoras y sus obras son: Blair Niles, *Colombia: Land of Miracles* (1924) (Nueva York: D. Appleton-Century, 1939); Virginia Paxton, *Penthouse in Bogotá* (1930-32) (Nueva York: Reynal & Hitchcock, 1943); y Nancy Bell Bates, *East of the Andes and West of Nowhere: A Naturalist's Wife in Colombia* (1940-48) (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1947).

Las historias personales de las autoras

Durante el período que vivieron en Colombia las tres mujeres estadounidenses, lo hicieron acompañadas de sus esposos; la vida personal de cada una de ellas mostraba características muy disímiles. Blair Niles (de soltera Mary Blair Rice 1880-1959), quien en 1924 visitó Colombia durante algunas semanas, era novelista, exploradora y autora de libros de viaje. Se divorció de William Beebe, su primer esposo, explorador y naturalista, aunque no sin antes acompañarlo en muchas expediciones científicas y, como Mary Blair Beebe, fue la coautora con su esposo de dos libros: *Our Search for a Wilderness* y *Two Bird Lovers in Mexico*. En 1913

² José Luis Díaz Granados, *Viajeros extranjeros por Colombia* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1997) 10.

después de su segundo matrimonio con Robert L. Niles, arquitecto de Nueva York, se cambió el nombre a Blair Niles. En 1923 la pareja viajó primero a Ecuador para después trasladarse a Colombia. En su periplo, visitaron Cartagena, Barranquilla y Santa Marta haciendo una parada en Antioquia en ruta hacia Bogotá, utilizando barco, tren y avión en su desplazamiento, experiencias todas ellas registradas en: *Colombia, Land of Miracles*. Durante los años siguientes, Blair y Robert continuaron viajando, visitando Haití, Guyana Francesa y Guyana Holandesa, Guatemala, Perú y México. En libros y revistas populares como: *Century* y *Harpers*, Niles publicó narraciones de las aventuras que vivieron. No obstante, se le recuerda en particular por ser la primera mujer en visitar la colonia penal de Guyana Francesa, donde recopiló material para el libro: *Condemned to Devil's Island*, publicado en 1927 y llevado al cine algún tiempo después.³

Es menos lo que se conoce acerca de la vida de Virginia Paxton quien en: *Penthouse in Bogotá*, se describe a sí misma como miembro de una “familia común y corriente de la región central de los Estados Unidos y dueña de un periódico”.⁴ A finales de los años veinte, cuando todavía era estudiante de la Universidad de Illinois, contrajo matrimonio con Charles “Chilly” Harner. En Chicago Harner trabajó para la Associated Press (AP). En 1929 cuando lo ascendieron al Servicio Extranjero de AP, junto con Michael, su hijo pequeño, la pareja se mudó a Washington, DC, donde Harner cultivó estrecha amistad con Enrique Olaya Herrera, en ese entonces Embajador de Colombia ante los Estados Unidos. En 1930 cuando el embajador fue elegido presidente de Colombia y a sugerencia de Olaya, la AP encomendó a Harner la apertura de la primera agencia de prensa de AP en Bogotá. En consecuencia, en julio de 1930 “Chilly”, junto con Olaya y su comitiva, Virginia y Mike, se hicieron a la mar, partiendo de Nueva York con rumbo a Barranquilla. Al igual que Blair y Robert Niles, quienes los antecedieron, arribaron a Bogotá después de desplazarse en un barco de vapor y en un aeroplano. Una vez en la capital, Virginia se dedicó a las labores hogareñas mientras Chilly trabajó como corresponsal de AP. La familia vivió dos años en Bogotá y, como lo describe un crítico, el libro de Virginia es “una narración simpática y amistosa de la manera de llevar un hogar en un territorio extranjero (...) una historia gráfica, sin afectación alguna sobre una visita intrascendente al extranjero.”⁵

³ “Blair Niles 71, Writer is Dead”, *New York Times*, 15 de abril, 1959, 33.

⁴ *Weekly Book Review*, 28 de marzo, 1943, 2.

⁵ *Weekly Book Review*, 28 de marzo, 1943, 2.

Nancy Bell Bates (1912 – 1976) era nieta de Alexander Graham Bell e hija de David Fairchild, botánico famoso, de quien heredó su amor por los viajes, la aventura y las ciencias naturales. En 1939 a la edad de 27 años contrajo matrimonio con Marston Bates, amigo de su hermano, quien se doctoró en zoología en la Universidad de Harvard en 1934. Después del ingreso de Bates a la Fundación Rockefeller, las investigaciones que realizaba sobre la biología del mosquito lo llevaron junto con su esposa a Albania y luego a Egipto. A finales de los treinta, para sorpresa de los científicos quienes creían que la enfermedad ya estaba erradicada como resultado del trabajo de Walter Reed a comienzos del siglo XX, quien identificó al mosquito *Aedes aegypt* como portador del virus, en Suramérica comenzó a propagarse una epidemia misteriosa de fiebre amarilla. En consecuencia, la Fundación Rockefeller encomendó a Bates la misión de investigar las causas de estas nuevas cepas de la enfermedad, en el laboratorio que ya se encontraba funcionando en Villavicencio, Colombia.⁶ En mayo de 1940, con Nancy embarazada de su primer hijo, los Bates se embarcaron en el puerto de Alejandría con rumbo a Buenaventura, atravesando el Canal de Panamá. De Buenaventura continuaron viaje por tren y automóvil hacia Cali y de allí por automóvil a Bogotá. Después de vivir durante varios meses en Bogotá, donde Nancy dio a luz a su primer hijo, partieron hacia Villavicencio en automóvil en 1941. Bates trabajó durante ocho años como director del laboratorio de fiebre amarilla, mientras Nancy era su asistente, además de encargarse de la crianza de sus cuatro hijos. Muy pronto los Bates quedarían prendados de la frontera de los Llanos y en su libro, el cual contiene muchas fotografías, Nancy describe el trabajo en el laboratorio, el trabajo de campo, las mascotas, así como la cultura y el entorno de los Llanos Orientales.

El carácter de las narraciones de las autoras

Louis Pérez Jr., en la introducción de su recopilación de crónicas de viaje de la Cuba del siglo XIX, advierte que el género es en extremo “desigual en calidad y utilidad”. Muchas narraciones son “frívolas, demasiado indulgentes con el autor o la autora, abiertamente racistas y sexistas”, tanto que los lectores conocen más sobre el viajero o la viajera que sobre el país que describen. Sin embargo, otras narraciones son crónicas fieles de tiempo y lugar, escritas por

⁶ “Marston Bates, Zoologist Dies; Author of *Forest and the Sea*”; *New York Times*, 5 de abril, 1974, 35.

observadores sagaces, las cuales contienen anécdotas “llenas de significado” y conservan información valiosa que se habría perdido de otra manera.⁷ Los tres libros analizados a continuación en este escrito, dan fe de la validez de las afirmaciones de Pérez. Por esta razón, algunas apreciaciones sobre los estilos contrastantes de los libros y de las personalidades de las autoras, serán útiles con el objeto de determinar el valor de las percepciones que ellas ofrecen sobre la historia de Colombia y del “colombiano de Colombia”.

Como periodista profesional, que escribía con la finalidad de entretener a sus lectores en los Estados Unidos, Blair Niles producía una crónica impresionista, fantástica en ocasiones, de las experiencias vividas. Si bien escribió con la historia, las leyendas y las tradiciones de Colombia como telón de fondo e incluyó en la contraportada del libro la bibliografía de las fuentes que utilizó, la tendencia de la autora a mezclar la leyenda con la historia hizo que su obra fuera, en palabras de un crítico, “bastante tediosa” y sus percepciones sobre “Colombia son bastante suficientes para ser exasperantes”⁸. Niles escribe sobre los esfuerzos denodados que ha hecho para mirar a los colombianos “sin prejuicio y sin parcialidad”; no obstante, la actitud algo condescendiente que muestra hacia la gente que conoce le resta valor a otras descripciones a menudo perceptivas que hace de la costa Caribe, de las modalidades de viaje y de Bogotá.⁹

En comparación con la aproximación fríamente profesional de Niles, la narración ingenua de Virginia Paxton confirma el rótulo que la autora se daba a sí misma como una mujer común y corriente de la región central de los Estados Unidos. No obstante, el hecho que el trabajo de su esposo como corresponsal de AP le permitiera el acceso a los acontecimientos políticos que a comienzos de los treinta se arremolinaban en Bogotá, sus observaciones hacían hincapié en las singularidades del comportamiento de los estadounidenses en el extranjero, en la aventura que significaba establecerse en un hogar extraño, y en la agitación de ir de compras en un idioma desconocido. Los contactos de Virginia con los colombianos se limitaban al trato con el personal de servicio, con los obreros que hacían trabajos en

⁷ Louis Pérez Jr., *Slaves, Sugar & Colonial Society: Travel Accounts of Cuba, 1801-1899* (Wilmington, DE: Scholarly Resources, 1992) 25-26.

⁸ *New York World*, 19 de octubre, 1924, 9.

⁹ Niles Blair, *Colombia: Land of Miracles* (Nueva York: D. Appleton-Century, 1939) 323-324.

la casa, con Jorge Cárdenas Núñez, asistente de Harner, además de algunas visitas protocolarias al palacio presidencial. Si bien Paxton confiesa al final de su narración que llegó a apreciar y a valorar las diferencias entre la cultura colombiana y la estadounidense, a lo largo de todo el libro la condescendencia parece impregnar las descripciones que hace de sitios y de figuras destacadas en Bogotá, y que se resaltan con las caricaturas humoristas del dibujante Rafael D. Palacios.

El tono de la narración de Nancy Bell Bates es todo lo opuesto. Alentada por su padre y su esposo para desarrollar la curiosidad intelectual y poseedora de un amor innato por la aventura, los países tropicales y por la gente, adoptó con fascinación y aceptación a Colombia. Las dificultades de levantar a una familia joven en situaciones primitivas de aislamiento, quedan inmersas en la gratificación de establecer el hogar en la frontera de los Llanos, de colaborar con su esposo en sus investigaciones y en la oportunidad de explorar los territorios aledaños, a los cuales en ocasiones solo se podía llegar a caballo. Lejos de desairarlos, Nancy aceptó a los colombianos tal como eran. Durante los ocho años que vivió en los Llanos, se convirtió en miembro activa de la comunidad de Villavicencio, hasta tal punto que, en su obra clásica: *Conozcamos al departamento del Meta*, Raquel Ángel de Flórez se refiere a Bates como la “madre de los pobres y promotora de obras de caridad”. Flórez continúa:

Lo más selecto de la sociedad femenina se reunía en su casa, la cual estaba convertida en un depósito de ropa para los niños abandonados, hecha con sus propias manos. Ella se comprometió y llevó a feliz término la donación de la sala de partos para el pabellón de maternidad del Hospital Montfort.¹⁰

Percepciones

Con relación a las percepciones que se plantean en los tres libros, las tres autoras se acercan a dos aspectos: las dificultades del transporte y la ciudad de Bogotá. Hablando del transporte, para

¹⁰ Raquel Ángel de Flórez, *Conozcamos al Departamento del Meta* (Bogotá: Fondo Rotatorio Judicial Penitenciaria Central, 1962) 79. Flórez describe también a Marston Bates como un “pulcro y dinámico ciudadano inglés (sic)” y lo elogia por su trabajo en el descubrimiento de los mosquitos portadores de la fiebre amarilla.

quienes hoy vivimos en el siglo XX puede sorprendernos el hecho que el transporte aéreo todavía fuera incipiente aún en los cuarenta; viajar a Colombia y dentro del país era casi tan complicado como en el siglo XIX. Las tres parejas llegaron a Colombia a bordo de un trasatlántico. Los Niles llegaron a Colombia en 1923 a Puerto Colombia y abandonaron el país desde este mismo puerto sobre el océano Atlántico. En 1941 los Bates atracaron en el puerto de Buenaventura, sobre el océano Pacífico y de allí se trasladaron a Bogotá por tren y por carretera. Los Harner utilizaron ambas rutas: en julio de 1930 arribaron a Puerto Colombia y en julio de 1932 salieron por Buenaventura.

Dado que sólo hasta mediados de los años cuarenta Pan-American Airways comenzó a volar entre la costa Atlántica y Bogotá, quizás la ruta más difícil era la que partía del norte en dirección a Bogotá. Una vez el barco atracaba en Puerto Colombia, para llegar a Barranquilla los viajeros emprendían un viaje de 38 K en tren. A partir de esta ciudad existía la alternativa de viajar en barco río arriba por el Magdalena hasta Girardot o a bordo de un hidroplano de la aerolínea alemana SCADTA. Cuando les aseguraron que el viaje en barco podría tomar hasta tres semanas para llegar a su destino, tanto los Niles como los Harner (con cierto temor) decidieron correr el albur en uno de los hidroplanos con capacidad para cuatro pasajeros -aeronaves que no eran otra cosa que aviones Junkers remodelados de la Primera Guerra Mundial. Pilotos alemanes estaban al mando de estos aviones que volaban siguiendo el curso del río Magdalena y, cuando fallaba el motor (hecho recurrente) efectuaban un aterrizaje de emergencia en lugares determinados a lo largo del cauce del río, donde efectuaban las reparaciones de rigor. Una vez en Girardot, los pasajeros hacían trasbordo a un tren con destino a Bogotá, lugar al que por fin arribaba no sin paradas frecuentes y cambios de locomotora.¹¹

El viaje era todavía más arduo para los embarques de carga. Niles especula sobre la manera cómo un paraguas hecho en España y que ella compró en Bogotá, pudo llegar a la ciudad. Una vez el barco que la transportaba desde Europa llegó a Puerto Colombia, al paraguas lo

¹¹ Paxton observa que la gente consideraba supremamente peligrosos los primeros vuelos de SCADTA que partían de Barranquilla. "Los pilotos alemanes recibían capacitación en Alemania; luego debían realizar tres años de trabajo en tierra antes de emprender el primer vuelo en solitario; después, otros tres años volando desde monoplanos hasta los Fokkers de mayor tamaño; otros tres años cubriendo rutas aéreas continentales; dos años más en África; luego llegaban a Colombia". (p.35)

descargaron del barco al vagón de un tren; en Barranquilla lo pasaron del vagón de mercancías del tren a una embarcación fluvial, a bordo de la cual navegó lentamente luchando contra las rápidas corrientes del río Magdalena hasta llegar a La Dorada, después de diez días de navegación. En La Dorada lo trasladaron al vagón de otro tren que se desplazó bordeando los rápidos hasta llegar a Beltrán, donde el paraguas abordó de nuevo una embarcación para viajar por el río hasta Girardot. De allí, por ferrocarril llegó a Facatativá donde, debido a la diferencia del ancho de los rieles, lo transfirieron de nuevo a un vagón del ferrocarril de La Sabana, llegando por fin a Bogotá. Además, según lo señalaba Niles en el sentido que el grueso de la carga “continúa ascendiendo a lomo de mula por los caminos de Los Andes”, el paraguas experimentó lo que podría pasar por “tránsito rápido”.

No menos dispendiosa era la conexión entre la región occidental y Bogotá. En 1932 cuando los Harner emprendieron el regreso a su país por esta ruta, tomaron el tren hasta Ibagué. Desde allí continuaron en automóvil, remontando el Paso del Quindío, “una vía de un solo carril, con un tráfico de dos carriles, una carretera cincelada sobre el borde de las montañas, donde los derrumbes cobran cada mes la vida de cuatro o cinco personas”. Al llegar a Cali, abordaron el ferrocarril del Pacífico con dirección a Buenaventura, donde durante varios días tuvieron que esperar el arribo de un barco que los llevara a través del Canal de Panamá y de regreso a los Estados Unidos. (pp. 295-303) Ocho años después, en 1940, cuando los Bates llegaron a Buenaventura ya se evidenciaba algún progreso. También abordaron el ferrocarril del Pacífico el cual “más o menos cada hora hacía una parada para descansar y todos los viajeros bajaban del tren para estirar las piernas”. Sin embargo, a mitad del camino hacia Cali, encontraron una autopista en construcción que con el tiempo conectaría las dos ciudades. Nancy escribía: “en este punto, muchos de los pasajeros se bajaron del tren para tomar un bus o un automóvil por el resto del viaje, ya que esta modalidad era tanto más rápida como más cómoda que el tren”. (p. 24) Después de pasar algunos días en Cali, los Bates continuaron el viaje en automóvil, y les llevó tres días llegar a Bogotá.

Todos nuestros viajeros quedaron convencidos a partir de las experiencias de los viajes por río, ferrocarril y carretera, de que únicamente la introducción de aeronaves modernas podría romper el aislamiento de Bogotá, porque los viajes aéreos ofrecían la promesa

de que, con el tiempo, el transporte remontando y bordeando los tres ramales de la cordillera de Los Andes dejaría de ser una aventura para convertirse en rutina. En realidad, Bates era consciente de la influencia del transporte aéreo en los Llanos, cuando observaba que desde el momento de la llegada del avión “comenzó la afluencia de personas y de objetos procedentes de todas partes”. Continuaba la autora: “de lejos, los aviones fueron el factor más importante en la apertura de los Llanos, porque lograron hacer accesibles en unas cuantas horas a los pueblos lejanos que antes quedaban a treinta o más días de distancia a caballo”. (p. 179)

Bogotá

Los tres libros objeto del presente análisis brindan la oportunidad de conocer el desarrollo de Bogotá durante un período de tres décadas. En 1923 Niles se refería a la capital como una ciudad torva, oscura, lluviosa, de “puertas inescrutables” dominada por iglesias:

Había enormes portones opulentos, forjados en hierro, con aldabones en forma de manos, puestos a cierta altura; así como muchos otros tipos de llamadores de menores tamaños y más sencillos. Y detrás de esas puertas desaparecían todos aquellos cuyas oraciones en voz baja como un murmullo llenaban las iglesias. (p. 275)

Blair y Robert se esforzaron por asimilar los lugares importantes de la ciudad: el mercado, las tiendas, los “quioscos de flores de colores resplandecientes”, y Blair se maravillaba de que al lado de muchos de los quioscos se pudieran comprar recopilaciones de poemas en ediciones rústicas. Visitaron el convento de La Concepción, las residencias de la gente acaudalada y el Club Anglo-Americano. Viajaron en una carreta tirada por bueyes al Salto del Tequendama y por carro a Zipaquirá para conocer una “aldea poblada de Indígenas casi en su totalidad” y las Salinas. Niles comentaba que los indígenas de Colombia eran “sombrios en sus trajes oscuros y sus descoloridos sombreros de jipijapa”. A diferencia de los nativos de Ecuador, la autora observaba: “no han llevado al presente nada del color de su pasado lejano; la estolidez de su resignación paciente no se estimula con las ruanas alegres o las faldas de colores intensos. . .de Los Andes ecuatorianos”. (p. 317)

Quizás el rasgo más notorio de la sociedad bogotana que encontraron los Harner fueron las diferencias de clase existentes

en los años treinta. Como quiera que la narración de Virginia detalla básicamente las aventuras de un miembro de la comunidad norteamericana en Bogotá, en gran medida, el conocimiento de la autora sobre castas se deriva de la jerarquía del personal de servicio que se ocupa de una casa. Como le explicaba una paisana suya durante las primeras semanas de su vida en Bogotá:

Va a necesitar tres empleadas. Una buena cocinera. La niñera se encarga de cuidar al niño, de la ropa personal, de servir la comida. La lavandera lava. Gran sentido de casta. La cocinera no puede servir la mesa, pierde prestigio. La lavandera no sirve para atender la puerta cuando alguien llama. Lo mejor es que se vaya acostumbrando. (p. 52)

Aunque, de vez en cuando los Harner visitaban las residencias de los colombianos de clase alta (el palacio presidencial incluido) en razón de la conexión del trabajo de Chilly como corresponsal de AP, todos los conocidos con quienes se relacionaban y los momentos de esparcimiento los compartían con los miembros de la colonia anglo-norteamericana, compuesta de 300 extranjeros quienes se esforzaban por recrear la cultura de sus países de origen en una ciudad de 250.000 colombianos (p. 50). Los Harner sí hicieron algunas salidas alrededor de la ciudad: visitaron los parques de Santander y Gaitán en un coche tirado por caballos, la iglesia de Monserrate (subiendo al cerro en funicular), el Palacio de San Carlos, además de ir a conocer el Salto del Tequendama en un taxi. Virginia observaba que el golf, el juego popular de turmequé (o tejo), las carreras de caballos y de autos, y el juego del jai alai eran los deportes más populares en Bogotá. En una ocasión, fueron a presenciar una corrida de toros. Sin embargo, como quiera que la mayor parte de los espectáculos nocturnos fueran exclusivamente para los hombres, Virginia tuvo la percepción suficiente para darse cuenta de la discriminación de género existente en la sociedad bogotana. Mientras Chilly recibía muchas y variadas invitaciones, como asistir a un juego de turmequé y a una elegante cena de corbata negra en el palacio presidencial, los compromisos sociales de Virginia se limitaban a invitaciones a tomar el té con otras mujeres. A las mujeres pertenecientes a la *clase decente* no se les permitía el ingreso a las cafeterías ni a las barberías. Virginia observaba que, a diferencia de los Estados Unidos, “a una joven en Colombia se la enseña que el esposo es el señor y el dueño”. Las hijas solteras rara vez salían solas a la calle y, cuando lo hacían, debía ser con alguien como acompañante. (p. 193)

Los Harner tuvieron muchas interacciones con los miembros de la clase trabajadora colombiana que les ayudaron a establecer su residencia en su tejaro (penthouse)-un apartamento que ocupaba el segundo piso de un edificio de dos pisos. Localizado en el primer piso una cantina y la sede de un periódico extinto. Sin embargo, el contacto colombiano más importante era Jorge Cárdenas Núñez, el asistente de Chilly, a quien Virginia caracteriza en su libro como un hombre que sabía cómo funcionaban las cosas en Bogotá, así como una especie de adulador en la admiración que profesaba por todo lo que fuera norteamericano. Los Harner aprendieron a lidiar con los cortes regulares en el servicio de agua y electricidad, así como con las incertidumbres de las comunicaciones telefónicas. El problema más irritante fue tener que esperar el retardado arribo de sus enseres domésticos, enviados desde los Estados Unidos en barco, los que permanecieron “perdidos” en las instalaciones de la aduana de Barranquilla durante algunos meses.

Por su parte los Bates quienes diez años después llegarían a Bogotá, también encontraron una ciudad fría y lluviosa. Nancy escribió: “Con excepción de los jardines, Bogotá es gris en general [...] La gente que abarrotaba las calles parecía vestir casi todos de negro, desde la dama chic en su estola de piel de zorro hasta la mujer campesina envuelta en un enorme chal de color negro”. (pp. 29-30) Aun cuando ella y Marston viajaban fuera de la ciudad, encontraban en la sabana una especie de “tristeza infinita que embrujaba a todos hasta en el día más brillante”. (p. 55) Aunque en las calles de la ciudad se multiplicaban los automóviles, la preponderancia de burros y carretillas hacía que el tráfico avanzara a paso de tortuga.

La opinión que Nancy tenía sobre la colonia anglo-americana era claramente diferente a la de Virginia. Nancy observaba que los extranjeros siempre se estaban quejando del clima y del personal de servicio que trabajaba en sus casas. Pocos de ellos se esforzaban por aprender a hablar español y “desarrollaron algunas costumbres asombrosas que para lo único que sirvieron fueron para alienarlos aún más de la gente en cuyo país vivían [...] Lo único que añoraba la mayoría de esos extranjeros era regresar a los viejos y buenos Estados Unidos”. (p. 56) En consecuencia, en vez de participar en eventos sociales con sus conciudadanos, Nancy se sentía más a gusto cuando visitaba a una numerosa familia colombiana cuyos miembros, como quedaría demostrado más adelante, le serían de gran ayuda cuando nació su hijo el día de navidad.

Aspectos únicos de cada libro

En tanto que cada autora tenía mucho que contar sobre el transporte y sobre Bogotá, las narraciones de cada una permiten visiones valiosas sobre la década específica de sus vivencias en Colombia. Niles por ejemplo, en su enfoque algo fantasioso, analiza en detalle la costa Caribe, haciendo hincapié en la vida y santidad de Pedro Claver, el Jesuita del siglo XVI quien recibió a miles de esclavos africanos en su llegada a Cartagena, buscando no sólo adoctrinarlos en la comprensión verdadera del cristianismo, sino ayudarlos en la transición a la nueva vida que les esperaba. Durante la visita que Niles hizo a la Iglesia / Claustro San Pedro Claver, un sacerdote jesuita cuya vida estuvo dedicada por completo a preservar la memoria del santo, invitó a la autora a mirar los restos de Claver. En su libro, la autora también hace descripciones de la inquisición y de las *bóvedas*, una arcada de grandes dimensiones con compartimentos abovedados construidos en el muro cerca al reservorio antiguo, que los españoles utilizaban para encarcelar a los prisioneros. (p. 107)

Lo más útil son, quizás, las observaciones de la autora sobre la sede de la *United Fruit Company* en Santa Marta. Las detalladas descripciones de los sistemas de cultivo, recolección y carga del banano; y del contraste entre la vida de los peones y la de los gerentes norteamericanos durante los años del apogeo de la compañía no pueden fallar en su utilidad para lograr comprender las complejidades de la industria y de la función que ésta desempeñó en la región del Caribe en la época anterior a la gran huelga de las bananeras en 1928.

Considerando que la vida doméstica en Bogotá era la principal preocupación de Paxton, en 1943, un crítico de su obra consideró que su libro era lectura suficientemente placentera, aunque con “poca historia”.¹² No obstante, desechar por completo su narración sería erróneo. Chilly Harner, quien ya desde Washington, D.C. se ganó la amistad de Olaya Herrera, gozaba de acceso directo al Presidente, gracias a su cargo como corresponsal de AP en Bogotá. Los Harner viajaron desde Nueva York con la familia Olaya Herrera, y Paxton describe la bienvenida jubilosa de que fue objeto el nuevo presidente a su llegada a Barranquilla. Paxton cita el primer cable de Chilly:

¹² “Bogotá Interlude”, *The New York Times Book Review*, 28 de marzo, 1943, 21.

Escenas plenas entusiasmo dieron bienvenida Olaya costa Caribe. Arribó Puerto Colombia miércoles. Escoltaron tren especial L.A. Babcock, Cap. Zacapa, Com. J.L. Nielsen Marina Estados Unidos, mientras soldados controlaban miles quienes querían ver Olaya. En Barranquilla, centenares agolparon cerca alrededor hermoso Hotel del Prado toda la noche. Familia Olaya apareció varias veces entre vivas. Mañana vuela Puerto Berrío. Ofrece Restrepo cargo primer ministro. Harner. (p. 11)

Harner se entrevistó casi todos los días con Olaya durante año y medio, enviando a los Estados Unidos informes mensuales. De pronto, un día cayó en desgracia. En los periódicos de Estados Unidos apareció publicada una carta (que se suponía era humorística) que escribió a amigos suyos en ese país narrándoles la ordalía de encontrar el menaje de su casa perdido en la aduana colombiana durante varias semanas. El embajador colombiano envió a Olaya el recorte con una carta, quejándose de que la noticia “lo convirtió en el hazmerreír de los diplomáticos suramericanos en Washington”. (p. 231) Furioso, Olaya le hizo saber a Harner que ya no era bienvenido en el palacio presidencial. No obstante este contratiempo, Chilly continuó enviando sus informes a AP desde la oficina de su casa y se las arregló para que algunos periódicos colombianos –*El Mundo*, *El País* y *El Nuevo Tiempo*- contrataran el servicio de noticias de AP. De pronto, de manera abrupta, terminó su distanciamiento con el Presidente, cuando Olaya le invitó, junto con otros dignatarios, a acompañarlo en un vuelo a la celebración del centenario de la muerte de Bolívar. Chilly fue el único extranjero que hizo parte del grupo que abordó el primer vuelo directo entre Bogotá y Santa Marta.¹³

Según revela el libro de Paxton, los primeros meses del mandato de Olaya estuvieron enmarcados por una situación de inestabilidad en el país. Considerando que era el primer presidente liberal en cuarenta años, existían enormes expectativas de que emprendería reformas radicales. Sin embargo, su capacidad de acción se vio restringida por la intensificación de la crisis económica y la violenta reacción popular contra el gobierno anterior por causa de la acumulación de errores y omisiones. El cambio más inmediato fue el deterioro repentino del

¹³ Bolívar murió el 17 de diciembre de 1830. Sin embargo, según el relato de Paxton, parece que la conmemoración del centenario de su muerte se celebró durante el mes de enero de 1931.

orden público a lo largo y ancho del país. La oleada de violencia fue el acicate de rumores de “revolución”. El descontento y la incertidumbre económica crecientes impelieron, en la primavera de 1931, a muchos miembros de la colonia anglo-norteamericana a abandonar el país. En apariencia, la gota que rebose la copa fue la discusión preliminar en el Congreso colombiano del proyecto de una nueva ley petrolera, en el mes de marzo, y la aprobación final por parte del Congreso el 20 de julio de 1931, del contrato Folson-Chaux, mediante el cual se amplió el control de la Compañía Gulf Oil de Sur América sobre los territorios ricos en yacimientos petrolíferos en la región del Catatumbo en Norte de Santander. En tanto algunos directivos de la empresa petrolera aplaudieron el contrato, el debate sobre el texto del mismo precipitó la salida de muchos trabajadores estadounidenses de la petrolera. En julio de 1931 de manera abrupta, AP tomó la decisión de retirar a Harner del cargo de corresponsal ordenándole regresar a Nueva York “en razón de la situación internacional”, y dejando a Jorge Cárdenas como corresponsal local de AP. Cuando Virginia escribe: “Fue algo trágico, la fe y la esperanza que la gente había depositado en él; la gente confiaba en que sería y haría más de lo que un ser humano puede ser y hacer” (p. 87), quedaban claros los grandes dilemas que enfrentaba Olaya.

Desde hace mucho tiempo, en razón de la caracterización detallada que hace de la intendencia del Meta en la época anterior al estallido de La Violencia, los historiadores que se ocupan de los Llanos consideran como recurso clave a la obra de Bates, *East of the Andes*. Y son de particular pertinencia tres aspectos sobre los que trata el libro. En primer lugar, la descripción que hace de los esfuerzos por erradicar las enfermedades mortales endémicas a las fronteras tropicales, las cuales desanimaron durante largo tiempo a los colonos que querían inmigrar a la región. En 1941 cuando los Bates llegaron a Villavicencio, se enteraron de que desde hacía tres años existía un laboratorio establecido por colombianos, para identificar las causas de la fiebre amarilla. Varios de los capítulos del libro de Nancy relatan el trabajo de Marston con el doctor Jorge Boschell. Es mucho lo que se revela sobre el carácter de las investigaciones que realizaron, con descripciones completas de las maneras como se recolectaron y se estudiaron varios animales e insectos. Como observaba un crítico, “los comportamientos en el laboratorio se representan como una agradable mezcla de relaciones humanas y procedimientos científicos objetivos”. Es más, Nancy registra el arduo trabajo de los técnicos para controlar los brotes de la malaria

mediante clases prácticas sobre vacunas para los habitantes de los pueblos aledaños.

Un aspecto adicional trata de los debates de los problemas relacionados con la tenencia de la tierra en los Llanos. El capítulo final del libro registra la decisión de los Bates de comprar en asocio con otros dos extranjeros, una finca de 30.000 hectáreas, situada al oriente de Puerto López. Si bien el costo real fue exiguo (aproximadamente 750 pesos ó 425 dólares), era lento y complicado el proceso de obtener el derecho de propiedad: los trámites de encontrar testigos que confirmaran la existencia de la finca, lograr que un agrimensor firmara los planos topográficos y adquirir los bonos oficiales a cambio de la tierra, terminaron costándole a los socios un precio superior al que pagaron por la finca. Todas estas complicaciones que demandaban tanto tiempo, llevaron a Nancy a escribir: “No obstante, no es de extrañar que muchos de los llaneros nunca se preocuparon por legalizar el dominio de sus tierras, optando por confiar a cambio en la posesión tradicional de la tierra, la cual era casi siempre la norma legal”. (p. 211)

Asimismo, la autora describe las dificultades para encontrar a un mayordomo capacitado para manejar la finca, y para comprar ganado vacuno y otros animales. Observando la lenta introducción del cultivo del arroz que comenzaba a surgir en tierras hasta entonces vírgenes, advertía: “En su totalidad, es terriblemente apremiante el problema de la agricultura en Colombia, y se requieren investigaciones profundas sobre el mismo(...) las selvas pagan un tributo elevado todos los años, y lo que se entrega no regresará jamás”.(p. 222)

Por último, la columna vertical de sus memorias es la manera como la autora se identifica con Villavicencio, ciudad que fue su hogar durante ocho años. En el capítulo con el título “Nuestro pueblo”, cuenta la forma como, con el paso del tiempo, la familia llegó a conocer y amar a Villavicencio, localidad que no era un pueblo colombiano “típico”, porque mutaba con rapidez como resultado del arribo permanente de nuevos colonos. Se refiere a las fiestas del día de san Isidro en mayo y los Tres Reyes Magos en enero; sobre las elaboradas procesiones de la semana santa; las corridas de toros en la feria de san Pablo. Analiza el tiple, el requinto y la guitarra –instrumentos básicos de la música llanera- así como las serenatas diurnas y nocturnas. Gozando de la aceptación de la gente de Villavicencio, participaba activamente en la recolección de

fondos para el hospital de Montfort y semanalmente se reunía con otras mujeres para coser ropa para la Cruz Roja. Escribe:

Se trata de un grupo variopinto: la mitad de las mujeres son colombianas y las demás somos extranjeras. Sin embargo, preferimos el español para nuestros chismes y para conversar sobre temas locales; y los suéteres que elaboramos para los niños de Europa son tan coloridos y bien hechos como nos es posible. (p. 192)

CONCLUSIONES

En resumen, no hay duda alguna de que Niles, Paxton y Bates analizan la cultura colombiana a través de una óptica estadounidense. No siempre comprendían lo que observaban y en diversos grados (en especial en el caso de Paxton), el lector conoce más sobre la cultura de los Estados Unidos que sobre la de Colombia de los treinta. No obstante, como plantea Louis A. Pérez Jr., las tres escritoras registran información valiosa que se habría perdido de otra forma. Por lo menos, permiten una placentera inmersión al historiador en la Colombia de comienzos del siglo XX, un país que se ha transformado de manera radical en los últimos ochenta años.

FUENTES DOCUMENTALES

- “A Naturalist’s Wife in Colombia”, *The Scientific Monthly* : Vol. 66. No. 3 (Marzo 1948).
- “Behind the Beyond”, *Saturday Review of Literature*, 8 de noviembre, 1947, pp. 39-40.
- “Blair Niles 71, Writer is Dead”, *New York Times*, 15 de abril, 1959, p. 33.
- “Bogotá Interlude”, *The New York Times Book Review*, 28 de marzo, 1943, p. 21.
- “Marston Bates, Zoologist, Dies; Author of *Forest and the Sea*”. *New York Times*, 5 de abril, 1974, p. 35.
- New York World*, 9 de octubre, 1924.
- Weekly Book Review*, 28 de marzo, 1943.
- “Yanks in Bogotá”, *The Saturday Review of Literature*, 10 de abril, 1943, p. 32.

BIBLIOGRAFÍA

- Bates, Nancy Bell. *East of the Andes and West of Nowhere: A Naturalist's Wife in Colombia*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1946.
- Díaz Granados, José Luis. *Viajeros extranjeros por Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1997.
- Flórez, Raquel Ángel de. *Conozcamos al Departamento del Meta*. 3 tomos. Bogotá: Fondo Rotatorio Judicial Penitenciaria Central, 1962-63.
- Horgan, Terrence B. "The Liberals Come to Power in Colombia, *por debajo de la ruana*: A Study of the Enrique Olaya Administration, 1930-1934". (Tesis doctoral, Vanderbilt University, 1983).
- Niles, Blair. *Colombia: Land of Miracles*. Nueva York: D. Appleton-Century, 1939.
- Paxton Virginia, *Penthouse in Bogotá*. Nueva York: Reynal & Hitchcock, 1943.
- Pérez, Jr. Luis A. ed. *Slaves, Sugar & Colonial Society: Travel Accounts of Cuba, 1801-1899*. Wilmington, DE: Scholarly Resources, 1992.